CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

5



Orígenes de la guerra fría

Gabriel Jackson

Historia 16

295 ptas

historia 16

INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.
IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis. Teléfono: 586 31 00. 28034 Madrid.
ISBN: 84-7679-271-9
Depósito legal: M-25847-93

CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

Universidad Complutense

1. La historia de hoy. ● 2. Las frágiles fronteras de Europa. ● 3. La sociedad española de los años 40. ● 4. Las revoluciones científicas. ● 5. Orígenes de la guerra fría. ● 6. La España aislada. ● 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. ● 8. La guerra de Corea. ● 9. Las ciudades. ● 10. La ONU. ● 11. La España del exilio. ● 12. El Apartheid. ● 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. ● 14. El reparto del Asia otomana. ● 15. Alemania 1949-1989. ● 16. USA, la caza de brujas. ● 17. Los padres de Europa. ● 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. ● 19. España: «Mr. Marshall». ● 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. ● 21. Hollywood: el mundo del cine. ● 22. La descolonización de Asia. ● 23. Italia 1944-1992. ● 24. Nasser. ● 25. Bélgica. ● 26. Bandung. ● 27. Militares y política. ● 28. El peronismo. ● 29. Tito. ● 30. El Japón de McArthur. ● 31. El desorden monetario. ● 32. La descolonización de Africa. ● 33. De Gaulle. ● 34. Canadá. ● 35. Mujer y trabajo. ● 36. Las guerras de Israel. ● 37. Hungría 1956. ● 38. Ghandi. ● 39. El deporte de masas. ● 40. La Cuba de Castro. ● 41. El Ulster. ● 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. ● 43. China, de Mao a la Revolución cultural. ● 44. España: la emigración a Europa. ● 45. El acomodo vaticano. ● 46. Kennedy. ● 47. El feminismo. ● 48. El tratado de Roma. ● 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. ● 50. Bad Godesberg. ● 51. Nehru. ● 52. Kruschev. ● 53. España, la revolución del 600. ● 54. El año 1968. ● 55. USA, el síndrome del Vietnam. ● 56. Grecia, Z. ● 57. El fenómeno Beatles. ● 58. Praga 1968. ● 59. El fin del mito del Che. ● 60. W. Brandt. ● 61. Hindúes y musulmanes. ● 62. Portugal 1975. ● 63. El Chile de Allende. ● 64. La violencia política en Europa. ● 65. El desarrollo del subdesarrollo. ● 66. Filipinas. ● 67. España, la muerte de Franco. ● 68. La URSS de Breznev. ● 69. La crisis del petróleo. ● 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. ● 71. El Japón actual. ● 72. La transición española. ● 73. USA en la época Reagan. ● 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. ● 75. Alternativos y verdes. ● 76. América, la crisis del caudillismo. ● 77. Los países de nueva industrialización. ● 78. China, el postmaoísmo. ● 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. ● 80. Perú, Sendero Luminoso. ● 81. La Iglesia de Woytila. ● 82. El Irán de Jomeini. ● 83. La España del 23 F. ● 84. Berlinguer, el eurocomunismo. ● 85. Afganistán. ● 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. ● 87. Progresismo e integrismo. ● 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. ● 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. ● 90. La sociedad postindustrial. ● 91. La guerra del Golfo. ● 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. ● 93. La OTAN hoy. ● 94. La unificación alemana. ● 95. El SIDA. ● 96. Yugoslavia. ● 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. ● 98. Las últimas migraciones. ● 99. Clinton. ● 100. La España plural.

INDICE

Orígenes de la guerra fría

Gabriel Jackson

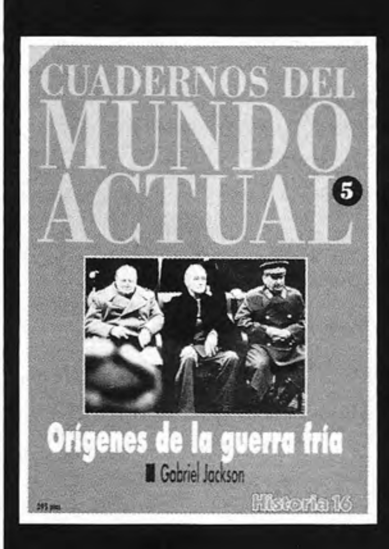


Foto oficial de la Conferencia de Yalta: Churchill, Roosevelt y Stalin (feb. de 1945)

Arriba, los Tres Grandes: *Churchill, Truman y Stalin, en la Conferencia de Potsdam (agosto de 1945). Abajo, los generales aliados Montgomery, Eisenhower, Zhukov y Delattre de Tassigny en Berlín (mayo de 1945)*

Orígenes de la guerra fría

Por Gabriel Jackson
Historiador

Durante la Segunda Guerra Mundial, a partir del momento de la invasión alemana de la URSS en junio de 1941, hasta el triunfo final y total sobre la Alemania nazi en mayo de 1945, el Reino Unido, Estados Unidos y la URSS cooperaron lealmente y de manera eficaz en el marco de la alianza militar que impidió que Hitler conquistase Europa. Los pueblos y los gobiernos de esos tres países, y también los gobiernos en el exilio y diversos movimientos de resistencia de los países ocupados por el Eje, como Francia, Polonia, Países Bajos, Dinamarca y Noruega, todos ellos, esperaban que la alianza de tiempos de guerra contra el régimen más brutal y agresivo de la historia moderna europea pudiera ser el preludio de una era de paz y cooperación entre las democracias occidentales y la URSS.

Pero a los dos años de la victoria militar, la cooperación había acabado dando lugar a una intensa desconfianza mutua, y a una virtual ruptura de las conversaciones diplomáticas sobre el futuro de Europa. Los cuatro decenios que van de 1947 a 1987 han sido considerados, acertadamente, como la era de la *Guerra Fría* —*fría* más que *caliente* por dos razones principales: el agotamiento de las potencias beligerantes en las recién terminadas hostilidades, y el temible poder derivado de la recién inventada bomba atómica que había destruido las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945. En 1949 los soviéticos experimentaron su primera bomba atómica y, a partir de ese momento, la nada hipotética posibilidad de que una guerra entre la URSS y Occidente podría destruir la vida del planeta actuó como un poderoso freno respecto a su hostilidad mutua. Iban a combatir con armas económicas e ideológicas; mantendrían alianzas militares opuestas (la OTAN y el Pacto de Varsovia); gastarían mucho más dinero en espionaje que en cualquier otra época; pero se detendrían siempre a las puertas de la guerra abierta. La Guerra Fría terminó a fines de los años ochenta, cuando la flexibilización interna de la dictadura soviética, la propuesta de desarme de Mijail Gorbachov, y la aceptación por parte de Ronald Reagan de tales propuestas, sustituyeron la glacial hostilidad por una atmósfera de cooperación.

Con el fin de comprender los orígenes de la Guerra Fría, y sobre todo la rapidez con que la cooperación bélica dio paso a la hostilidad del tiempo de paz, es importante analizar las causas básicas a largo plazo y también los incidentes concretos del período 1945-1947. En el primer párrafo me refería

a la leal cooperación y a las grandes esperanzas de colaboración futura suscitadas por la coalición militar de los años 1941-1945. Pero, en realidad, los regímenes capitalistas democráticos y el régimen comunista soviético se habían mostrado muy activos en su hostilidad mutua desde el mismo instante de la victoria de la Revolución bolchevique en noviembre de 1917 hasta, por lo menos, 1936, cuando la amenaza del rearme alemán y la totalmente previsible agresión nazi, atenuaron lo que puede calificarse también de *guerra fría* de los años 1917-1936. En las páginas que siguen estudiaremos la naturaleza e importancia de esa hostilidad mutua que precedió a los años de la lucha defensiva común contra la máquina de guerra nazi.

Cuando los bolcheviques, encabezados por Vladimir Lenin, tomaron el poder en noviembre de 1917, anunciaron que se trataba del primer paso en dirección a la revolución mundial que habría convertido a la guerra mundial *imperialista* en curso (entre los Imperios alemán, austro-húngaro y turco por un lado, y Gran Bretaña, Francia, la Rusia zarista y los Estados Unidos por el otro) en una revolución comunista mundial, una revolución que habría puesto fin al capitalismo y al imperialismo y a la explotación de la clase obrera industrial y de los campesinos por medio de la destrucción de la burguesía y de la creación de una sociedad *sin clases*. Los bolcheviques confiscaron las propiedades de los capitalistas rusos y extranjeros, se negaron a pagar la enorme deuda acumulada por el régimen zarista, y se retiraron de la coalición aliada.

Las potencias occidentales se consideraron traicionadas en la lucha común contra la hegemonía de la Alemania imperial, y de modo totalmente natural interpretaron los planes hechos públicos por los bolcheviques como una amenaza directa contra sus sistemas económicos y sociales. Tras la rendición de Alemania en noviembre de 1918 las potencias de la Entente enviaron una notable ayuda económica y pequeños contingentes militares en apoyo de los ejércitos contrarrevolucionarios que luchaban para evitar la consolidación del régimen bolchevique. Por su lado, los bolcheviques instaron a sus seguidores de los países occidentales a que se retiraran de la Segunda Internacional de partidos socialistas y se uniesen a la recién creada Tercera Internacional formada por los partidos comunistas, que deberían aceptar el liderazgo indiscutido de Moscú.

Los bolcheviques confiscaron las propiedades de los capitalistas rusos y extranjeros y se negaron a pagar la enorme deuda acumulada por el régimen zarista

El cordón sanitario

A fines de 1920 los bolcheviques habían derrotado a la contrarrevolución, pero entre tanto, como resultado de la Conferencia de Paz de París, se había creado un conjunto de países independientes (Finlandia, Estonia, Lituania, Letonia, Polonia y Checoslovaquia) en el este de Europa. Una de las razones declaradas, y legitimadas, de la creación de estos Estados eran la de proporcionar una estructura estatal y soberanía a diversas naciones que durante siglos habían sido gobernadas por los ahora difuntos Imperios ruso, alemán y austro-húngaro. Pero una finalidad secundaria muy evidente era crear un *cordón sanitario* de Estados no comunistas con el fin de aislar a Rusia del Occidente y que debería depender económica y militarmente de Gran Bretaña y Francia.

En los años veinte la Rusia soviética se hallaba demasiado ocupada con sus problemas internos como para constituir un peligro real para los occidentales, aunque protegió y subvencionó a partidos comunistas cuya meta declarada era la destrucción de los Estados capitalistas. Pero mientras la Rusia soviética era en realidad un Estado débil, la lentitud de su recuperación económica después de la Primera Guerra Mundial y la fragilidad política y económica de los nuevos Estados, llevó a las potencias occidentales a temer la influencia del ejemplo y de la propaganda soviéticos sobre su clase obrera. En 1923 las potencias occidentales dieron la bienvenida al régimen de Mussolini, que declaraba explícitamente que había *salvado* a Italia del



Movilización de milicianos en Madrid a comienzos de la guerra civil española (entre julio-agosto de 1936)

comunismo. Cuando, a lo largo del decenio, el sufrimiento económico, la inestabilidad parlamentaria y los numerosos problemas suscitados por las minorías nacionales fueron minando la democracia en todos los nuevos Estados, las potencias occidentales apoyaron a las dictaduras militares o presidenciales de derechas que se instauraron en Polonia, los Estados bálticos y Finlandia. En 1933, al final de la Gran Depresión, aceptaron la instauración en Alemania de una dictadura que proclamaba abiertamente que su fin era acabar violentamente con el comunismo y con los países capitalistas democráticos.

Dos importantes acontecimientos de los años treinta parecieron generar esperanzas de que estas políticas de hostilidad declarada podían cambiar: la guerra civil española de 1936-39 y la crisis checoslovaca en la primavera y el verano de 1938. En ambos casos las potencias fascistas, con la Alemania hitleriana en cabeza, seguida de la Italia mussoliniana, estaban decididas a destruir los gobiernos democráticos pro-occidentales. La opinión pública en Occidente era muy favorable a la España republicana y a Checoslovaquia. En 1935 la Internacional Comunista había decidido que el fascismo era la verdadera amenaza para la URSS por ser ésta la base de la esperada revolución mundial, y que la URSS debería tratar de formar una alianza defensiva con las potencias democráticas capitalistas. Propugnaron, para cada país, un *Frente Popular* que reuniera a todas las fuerzas *progresistas* contra el fascismo, y, en el campo internacional, propugnaron una política de *Seguridad colectiva*, es decir, una alianza militar defensiva que permitiese proteger a la URSS y a los países democráticos occidentales de la agresión germano-italiana.

Pero los gobiernos de Gran Bretaña y de Francia, seguidos pasivamente por los Estados democráticos menores y por Estados Unidos, decidieron *apaciguar* a las potencias fascistas, en vez de enfrentarse a ellas. En España el temor al comunismo, y el deseo de apaciguar, impidió que las potencias occidentales ayudaran a la República. En Checoslovaquia temían enfrentarse a Hitler militarmente, y esperaban que sacrificando esta república (que disponía del mejor equipado de los pequeños ejércitos europeos) podrían dirigir las ambiciones militares de Hitler hacia el Este, es decir, hacia la conquista de la URSS. El Pacto de Munich de septiembre de 1938 destruyó el Estado che-

coslovaco y puso fin a cualquier posibilidad de un eventual cambio en la política occidental hacia la República española. Los soviéticos aprendieron la lección. La política de Frentes Populares y de Seguridad Colectiva, había muerto. Stalin firmó un pacto de no agresión con Hitler, en agosto de 1939. Ambos dictadores se repartieron también, en secreto, los territorios polaco y de los Estados bálticos, lo que liberaba a Hitler de una guerra en dos frentes, y dirigía su máquina de guerra hacia el oeste.

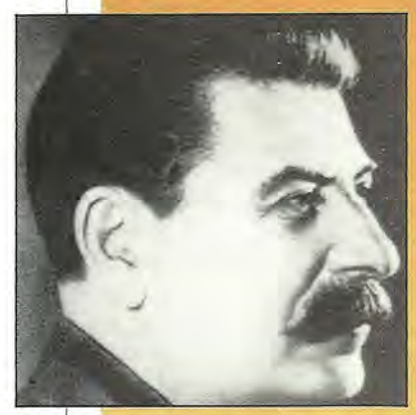
Guerra y paz

Entre septiembre de 1939 y junio de 1940 Hitler conquistó Polonia, Dinamarca, Noruega, Países Bajos, Bélgica y Francia. La URSS y los partidos comunistas occidentales pretendieron creer que estas conquistas eran meros incidentes en el contexto de una *guerra imperialista* en la que la clase obrera no tenía ningún interés. Sólo cuando Hitler atacó a la URSS en junio de 1941, los soviéticos, de repente, interpretaron la guerra como una defensa de todas las fuerzas *progresistas* contra la barbarie fascista. Las victorias de Hitler habían dejado como única base de resistencia de Occidente contra Alemania al Reino Unido, y las potencias anglo-sajonas enviaron ayuda para rescatar a una URSS cercada que, repentinamente, los medios de comunicación calificaban de firme y honorable aliado de la democracia. El pueblo soviético se convirtió en combatiente por la libertad y el dictador que había llevado a la muerte a millones de sus ciudadanos en las purgas de 1936-39 fue pintado como un estadista sabio, bondadoso y fumador de pipa. En la práctica, las políticas de Frentes Populares y de Seguridad Colectiva que deberían haber parado a Hitler antes de la guerra, se aplicaban ahora a la desesperada para contrarrestar sus victorias, y su aplicación originó una fuerte corriente de buena voluntad y de esperanzas para el futuro durante los años 1941-45.

De todos modos, como hemos visto, los antecedentes de estos años de cooperación bélica consistieron en una historia de hostilidad y traiciones poco usuales incluso en el desarrollo normal de la diplomacia internacional. Esta historia incluía la intervención internacional contra la revolución bolchevique, la propaganda de la III Internacional, el apoyo a las dictaduras antisoviéticas de la Europa oriental, la política de apaciguamiento del fascismo y la consiguiente destrucción de las repúblicas española y checoslovaca, los intentos de dirigir a la Alemania nazi contra la URSS, y el brillante desquite de Stalin al dirigir a Hitler contra los países occidentales, seguido de la desesperada alianza de circunstancias (junio de 1941-mayo de 1945) entre la URSS y Occidente con el fin de salvarse de la conquista alemana.

Trataremos ahora de los orígenes de la Guerra Fría de 1947-87, en realidad, la segunda *guerra fría* si tenemos en cuenta los acontecimientos acaecidos entre 1917 y 1941, que hemos visto anteriormente. En Yalta, en febrero de 1945, los dirigentes de los *Tres Grandes* —el presidente Franklin D.

Josif Stalin



Nació en Gori, Georgia, en 1879, en el seno de una familia humilde. Estudiante en el seminario, muy pronto sus actividades revolucionarias le llevaron al destierro en Siberia. En vísperas de la Revolución ocupó destacados cargos y, tras los hechos de Octubre, fue Comisario de las Nacionalidades y secretario del Comité Central del Partido Comunista. Tras la muerte de Lenin su ascenso fue imparable y en 1927 tenía en sus manos el poder. Impulsó los planes quinquenales e implantó una dictadura del partido extremadamente rígida. Entre 1936-38 las purgas que dirigió acabaron con toda posible disidencia entre sus compañeros de partido. Decidido a ganar tiempo, pactó en 1939 con Hitler, aliado *contra natura.* La invasión alemana de 1941 inició la Gran Guerra Patria y le convirtió en mariscal y padre de la patria. Con la guerra fría fue el verdadero *demonio* de los occidentales. Sus últimos años conocieron un recrudecimiento de los métodos dictatoriales. Murió en 1953.

Roosevelt de Estados Unidos, el primer ministro británico, Winston Churchill, y el dictador soviético Josif Stalin— se reunieron para discutir el futuro de Alemania y de la Europa oriental. La guerra no había terminado todavía con la victoria aliada, aunque estaba claro que faltaba poco para su fin. El Ejército Rojo había liberado todo el territorio soviético y la mayor parte de Polonia, Checoslovaquia y Hungría de la ocupación alemana; y los aliados occidentales habían liberado la mayor parte de Francia y Bélgica.

Roosevelt esperaba sinceramente que se estableciese una cooperación a largo plazo con los soviéticos y, de manera algo ingenua y en contraste con la historia, pensaba que Estados Unidos y la URSS eran potencias *no-imperialistas* que se mostraban más inclinadas a tomar en consideración las necesidades de las naciones jóvenes que el Reino Unido o Francia. Churchill se mostraba más escéptico respecto a las motivaciones soviéticas, y mucho más partidario que Roosevelt de mantener la influencia occidental en la Europa meridional y oriental. Stalin creía que el futuro político-económico de los países europeos dependería de qué ejército ocupase cada territorio. Combinaba una ya prolongada convicción de que los regímenes comunistas y capitalistas no podían coexistir en última instancia, con una cautela personal y una predisposición a llegar a acuerdos con Estados Unidos al ser, obviamente, el Estado más poderoso del mundo en 1945.

La hora del reparto

En Yalta se tomaron decisiones cruciales por lo que respecta al futuro de los distintos territorios. Polonia vería trasladar sus fronteras hacia occidente, y la URSS recibiría las provincias orientales de este país, que tenían una población mixta polaco-ruso-ucraniana; Polonia adquiriría la Silesia, Poznan, Danzig (hoy Gdansk) y buena parte de la Prusia oriental, cuya población, en todas estas provincias, era en gran medida alemana. La decisión se tomó, naturalmente, sin consultar a los habitantes de esas regiones, todas ellas ocupadas a la sazón por el Ejército Rojo. En el este el cambio fronterizo se justificaba incluso para los propios aliados. Ya en 1919 habían realizado un verdadero esfuerzo para determinar, casi aldea a aldea, dónde la mayoría era polaca o dónde era rusa o ucraniana. La idea era trazar la nueva frontera soviético-polaca de acuerdo, lo más posible, con esas complejidades étnicas. Pero un año más tarde, cuando los occidentales sólo se preocupaban de aislar a la Rusia bolchevique del resto de Europa, trazaron la frontera varios cientos de kilómetros hacia el este. Stalin se basó en esta realidad histórica para reclamar la denominada *Línea Curzon* (del nombre del diplomático británico que había sido presidente del comité para el trazado de fronteras).

Pero Polonia debía ser compensada, y así se le ofreció territorio en gran parte alemán. Dado que Polonia había sido víctima de la agresión nazi, y que nadie, en Yalta, estaba dispuesto a echar a perder la atmósfera existente sacando a relucir la partición nazi-soviética de Polonia de 1939, se consideró perfectamente justo trazar la nueva frontera sobre la línea Oder-Neisse (en polaco Odra-Nysa). El Reino Unido y Estados Unidos estipularon que se trataba sólo de un arreglo administrativo temporal, pendiente de la firma de un tratado de paz. Pero la URSS, y todos los posteriores gobiernos polacos, consideraron las nuevas fronteras como definitivas. Además, tal decisión significó que, una vez llevada a cabo por los soviéticos a lo largo de 1945, varios millones de alemanes se vieron expulsados por la fuerza de sus tierras históricas y se vieron constreñidos, después de la guerra, en una Alemania cuyo territorio había disminuido.

En Yalta, en febrero de 1945, los Tres Grandes —Churchill, Roosevelt y Stalin— discuten el futuro de Alemania y de la Europa oriental

Además de las decisiones específicas sobre Polonia, los Tres Grandes hicieron pública, en Yalta, una Declaración sobre la Europa liberada por la que se comprometían a *establecer autoridades gubernamentales interinas ampliamente representativas por lo que respecta a los elementos democráticos de la población*, y propugnaban *una instauración, lo más pronto posible, a través de elecciones libres, de gobiernos sensibles ante*

la voluntad popular. Según las memorias de los presentes en las conversaciones, no hubo muchas discusiones antes de adoptar la declaración. Sin duda, Roosevelt y Churchill consideraron esto como una garantía de elecciones libres en el sentido occidental de la expresión. Stalin, en aras de la futura cooperación, prefirió, temporalmente, tener elementos *progresistas* no comunistas en la vida política de los países ocupados por sus ejércitos.

En el momento de la victoria militar de mayo de 1945, los tres principales aliados compartieron lo que era su principal preocupación: el futuro de Alemania. Mientras todavía se combatía en diversos frentes, los aliados no habían tenido dificultades en ponerse de acuerdo sobre varios puntos: había que convertir a Alemania en una potencia militarmente débil para los años venideros; la influencia soviética debía ser preponderante en la Europa oriental y en los Balcanes (excepto en Grecia); y la influencia occidental debía ser la dominante en Francia, Italia y los países del Benelux. Pero Alemania era el país en el que, inevitablemente, iban a compartir las responsabilidades de la administración diaria.

Tal decisión significó que varios millones de alemanes se vieron expulsados por la fuerza de sus tierras históricas y se vieron constreñidos en una Alemania cuyo territorio era menor

En Yalta se había dividido a Alemania, ya a punto de ser derrotada, en cuatro zonas que deberían ser ocupadas por los ejércitos británico, francés, estadounidense y soviético. Los cuatro comandantes de las fuerzas de ocupación deberían constituir un ejecutivo que se suponía debía cubrir toda Alemania, y cuyas decisiones deberían ser unánimes. En la Conferencia de Potsdam de julio-agosto de 1945 quedaron confirmadas las ideas de unanimidad, y el trato a dar a Alemania como unidad económica. El derrotado Estado nazi, a causa no sólo de su agresión, sino también de su explotación despiadada de los territorios que ocupó durante la guerra, debía pagar reparaciones a sus víctimas. La URSS, al ser el país que, con enorme diferencia, más había sufrido en destrucciones bélicas y pérdidas humanas en comparación con el Reino Unido o Francia, debía ser, por consenso común, la principal beneficiaria de las reparaciones. Tales reparaciones tomaron la forma de equipamiento industrial y de recursos naturales.

De aliados a adversarios

Los soviéticos transportaron, desde su zona, fábricas enteras a la URSS. Tenían ya bastante experiencia en este tipo de traslados, adquirida cuando habían evacuado sus propias fábricas de la Rusia europea y Ucrania a emplazamientos que se hallaban más allá de los montes Urales, en 1941, con ocasión de la retirada ante la invasión alemana. Además de las fábricas transportaron grandes cantidades de vías, vagones de mercancías, locomotoras, y equipo eléctrico y mecánico de todo tipo. De acuerdo con sus aliados, debían recibir una cuarta parte del equipo industrial existente en las regiones occidentales, y grandes cantidades de carbón y acero del Ruhr.

En un primer momento, la enorme cantidad de reparaciones en beneficio de la URSS no provocó conflictos. Los franceses estaban muy contentos de ver cómo la capacidad industrial alemana había sido reducida de forma drástica y permanente. Asimismo, los Estados Unidos apoyaban firmemente el *Plan Morgenthau* (así llamado por el nombre del secretario del Tesoro de la administración Roosevelt), que consistía en reducir a Alemania a un país de economía fundamentalmente agrícola. Los aliados hablaron también, en los primeros meses, de que no había que permitir que el nivel de vida de Alemania alcanzase al de sus vecinos y ex víctimas. Estas ideas reflejaban la revulsión moral que había invadido a los aliados cuando se habían conocido los horrores de los campos de concentración y el genocidio en toda su enormidad; y todo esto explica muy bien la inicial disposición de Occidente para aprobar unas reparaciones tan gigantescas en beneficio de la URSS.

Pero pronto se puso de manifiesto que el problema no era determinar si Alemania debía o no alcanzar un nivel de vida más alto



Josif Stalin y Harry Truman en una recepción habida durante la Conferencia de Potsdam (agosto de 1945)

que sus vecinos: el problema real era si podía llegar a ser mínimamente autosuficiente si continuaba el desmantelamiento total de su industria e infraestructura. Las inmensas reparaciones significaban, a su vez, que el Reino Unido y Estados Unidos se iban a ver ayudando eternamente a la recuperación soviética, dado que ellos no tenían demasiados problemas de reconstrucción en sus propios países.

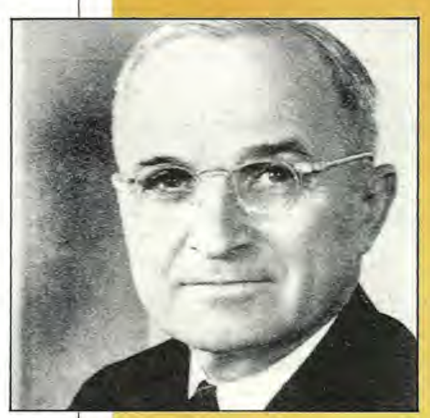
Se hizo evidente también, a los pocos meses del fin de las hostilidades, que las ideas de la URSS en política y en economía eran completamente diferentes de las de los aliados occidentales. La regla de la unanimidad significaba, en la práctica, que casi todas las decisiones importantes habían de ser pospuestas debido a las diferencias entre occidentales y soviéticos. En mayo de 1946 el general Lucius Clay, comandante estadounidense de la zona, cogió al toro por los cuernos y decidió poner fin unilateralmente a la entrega de las plantas industriales de la zona occidental a los soviéticos. Las autoridades soviéticas respondieron confiscando unilateralmente unas 200 fábricas y suspendiendo la entrega de alimentos de su zona a Occidente.

Los acuerdos de Potsdam de agosto de 1945 habían estipulado asimismo que los ministros de Asuntos Exteriores de la URSS, Reino Unido, Francia y Estados Unidos se reunirían periódicamente para estudiar los conflictos entre las autoridades militares, para garantizar que Alemania fuese tratada como una única unidad económica, y para preparar un tratado de paz. Pero ya desde sus comienzos las reuniones terminaron en un callejón sin salida. En abril de 1946 el secretario de Estado norteamericano, James F. Byrnes, trató de romper el punto muerto y propuso un calendario para la retirada progresiva de todas las tropas extranjeras de Alemania en un par de años. La propuesta reflejaba el persistente optimismo del presidente Truman que creía que todavía se podría cooperar con *Old Joe* (el *Viejo Pepe*, como se llamaba en privado a Stalin), y también el muy fuerte deseo de Estados Unidos de retirarse lo más rápidamente posible de sus obligaciones militares en Europa.

Molotov, ministro soviético de Asuntos Exteriores, que era uno de los pocos viejos bolcheviques que había sobrevivido a las purgas stalinianas de los años treinta, y que era un servidor testarudo e incondicional de Stalin, se negó a discutir una retirada general de tropas e indicó que la URSS no tenía prisa en firmar los tratados de paz con Alemania y Austria. Un mes más tarde (mayo de 1946) se reanudó la guerra civil en Grecia, país que había sido asignado a la esfera de influencia occidental. Estaba claro que los soviéticos apoyaban la rebelión izquierdista griega, y tras el verano de 1946 las reuniones de los ministros de Asuntos Exteriores se hicieron menos frecuentes y se convirtieron principalmente en un foro de acusaciones mutuas de mala fe entre los diplomáticos soviéticos y los occidentales.

El destino de la Europa del Este fue tan importante como el de Alemania para el comienzo de la Guerra Fría. Los países más desarrollados del Este, Polonia, Checoslovaquia y Hungría, miraban hacia el Occidente por lo que respecta a sus ideales políticos y

Harry S. Truman



Nació en Lamar, Estados Unidos, en 1884. Senador demócrata desde 1934, fue miembro de la iglesia Baptista y de la masonería. Elegido vicepresidente con Roosevelt en 1944, asumió la presidencia en 1945 a la muerte de éste y participó como uno de los *grandes* en la conferencia de Potsdam. En agosto de 1945, desoyó los consejos de los científicos y aceptó los argumentos de los jefes militares, ordenando el lanzamiento de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki.
En 1947 personificó en la llamada Doctrina Truman la política *de contención* contra el reciente aliado soviético. Impulsor del Plan Marshall, su obsesión por el comunismo acabó favoreciendo la intolerancia del macarthysmo, que en los últimos tiempos de su presidencia impuso la *caza de brujas*. En 1951 destituyó al general McArthur, cuando éste pretendió extender a China el conflicto coreano. Retirado de la política en 1952, murió veinte años más tarde.



Combates callejeros en Budapest, saqueada por el Ejército Rojo al final de la Segunda Guerra Mundial

culturales. La mayoría de sus poblaciones era católica, y había notables minorías de protestantes cuyos antepasados espirituales eran Lutero y Calvino. Sus economías no eran tan prósperas como las de Occidente, pero sus métodos industriales, agrícolas y comerciales eran los de la Europa capitalista. Las diferencias entre ricos y pobres eran mayores que en los países occidentales, pero los niveles educativos y artísticos eran tan altos como los de Francia o el Reino Unido, y la población tendía a admirar a Occidente y a despreciar a los rusos, a quienes consideraban culturalmente inferiores.

En los años de entreguerras, en los tres países, con la excepción parcial de Checoslovaquia, la democracia parlamentaria de estilo occidental se había visto minada por una combinación de conflictos de clase y problemas minoritarios graves. Polonia trataba de asimilar por la fuerza a sus minorías judía, lituana y ucraniana. La mayor parte de los puestos clave en la economía y en la política en Checoslovaquia estaba ocupada por checos, no por eslovacos, y la minoría húngara era maltratada por ambas nacionalidades mayoritarias. Hungría estaba preocupada por el *status* de inferioridad en que se hallaban los húngaros en Rumania, Yugoslavia y Checoslovaquia.

Tanto las clases conservadoras gobernantes como los campesinos húngaros eran más bien antisemitas. En los tres países los campesinos estaban fuertemente apegados a sus exiguas propiedades rurales, y en política eran derechistas y xenófobos. Se oponían firmemente a las colectivizaciones que se llevaban a cabo en los países vecinos del este, y por tanto eran anticomunistas. Todos ellos, salvo los checos, eran antirrusos en sus reacciones espontáneas y culturales.

La diplomacia occidental había explotado estos sentimientos anticomunistas y antirrusos durante el período de entreguerras. En aquellos años, al contrario de lo que ocurre hoy, no había una conciencia general tan desarrollada sobre los *derechos humanos,* y los gobernantes occidentales no consideraban que los conflictos étnicos y el antisemitismo en esos pequeños y remotos

países fuese un problema que les concerniese. Los soviéticos, comunistas o no, eran perfectamente conscientes de la despectiva actitud de los países del este de Europa hacia ellos. Sabían, además, que en el verano de 1941 una buena parte de los polacos y ucranianos acogió, en un primer momento, a los invasores alemanes como liberadores, y que un número no pequeño de ellos había colaborado con la administración alemana en los territorios ocupados. Checoslovacos y húngaros se habían mostrado más escépticos respecto a los alemanes, pero no habían ofrecido ninguna resistencia significativa.

En 1944-45, cuando el Ejército Rojo liberó estas regiones, fue recibido como si las liberase de los ahora odiados alemanes, pero por desgracia, el comportamiento de una parte de las tropas soviéticas revigorizó los viejos prejuicios. El Ejército Rojo saqueó la relativamente poco bombardeada ciudad de Budapest, confundiendo los bloques de apartamentos de la clase obrera con casas de la burguesía. Y cuando llegaron a la propia Alemania, las violaciones y los linchamientos quedaron impunes, como venganza natural contra el invasor que además había desencadenado la guerra.

Durante la guerra el régimen de Stalin se había comportado de manera menos dogmática en el interior. Implícitamente reconoció que sus súbditos habían sido más nacionalistas que comunistas cuando se refería a la lucha llamándola la *Gran Guerra Patriótica*. Pero en cuanto se consiguió la victoria restableció todo su dogmatismo y todo el terror del régimen de los últimos años treinta. Miles de soldados que volvían a la URSS quedaron automáticamente bajo sospecha al haber tenido la oportunidad de ver Occidente directamente. Típico fue el caso del luego famoso escritor Alexander Solzhenitsyn, que cometió el error de escribir una carta a su casa en la que vertía algunas observaciones favorables sobre Alemania y menos favorables sobre el régimen soviético; la carta le costó ser detenido y pasar un decenio en el *gulag*.

Los militares y diplomáticos británicos y

Una utopía para Alemania

En el verano de 1945, británicos, norteamericanos y soviéticos pactan en Potsdam el reparto de la Alemania derrotada. Poco más tarde una Francia que se ha sabido subir al carro de los vencedores obtiene también su porción de territorio germano. Es una compensación a la permanente amenaza y agresión lanzadas desde la otra orilla del Rin desde varias generaciones atrás. Y Francia será, debido a una extendida reacción emocional de compensación, el país que en los próximos años plantee más trabas a la ineludible solución del caso alemán.

Contra todo lo que pudiera parecer, dadas las grandes destrucciones que aparecían por doquier, los masivos bombardeos aliados no habían sido capaces de afectar de forma irremediable a ninguna instalación vital para la economía del derrotado. El sector que más había sufrido era el de las comunicaciones, objetivo principal de los bombardeos. Pero Alemania seguía constituyendo en 1945 una formidable potencia industrial, conservando intacta o en estado de uso la mayor parte de su entramado de producción.

Esta comprobable realidad es lo que llevó a hacer pensar a muchos en el riesgo que suponía —para dentro de muy pocos años— la existencia de una Alemania renacida, susceptible de erigirse nuevamente en amenaza para la paz.

De entre todas las propuestas lanzadas al considerar esta crucial cuestión, destaca la de Henry Morgenthau, secretario norteamericano del Tesoro. Este efectivo colaborador del presidente Roosevelt, verdadero señor rural de Nueva Inglaterra y tratadista teórico de sistemas de cultivo, aportó una idea que cuanto menos mereció el calificativo de original.

El denominado Plan Morgenthau *contemplaba la disgregación del territorio alemán en una docena de Estados de base agraria. Ello conllevaba la necesidad de desmantelar o inutilizar los millares de instalaciones industriales, muchas de ellas modélicas en su género, que habían convertido a Alemania en el principal país del continente.*

Una idea muy difícilmente practicable, altamente reaccionaria e incluso podría decirse que utópica, que la razón arrumbó entre tantos otros proyectos reñidos con la realidad de los tiempos. Por aquellos mismos momentos, Winston Churchill sostenía la idea de separar a Prusia —símbolo del militarismo alemán— y crear al sur y alrededor de Viena una Alemania católica, heredera de los principios de aquel Sacro Imperio, eje durante siglos de la historia de Europa...

Arriba, patriotas polacos durante la insurrección de Varsovia en agosto-septiembre de 1944. Abajo, cartel alemán aparecido en la Francia ocupada sobre la matanza de oficiales polacos en el bosque de Katyn

estadounidenses en las conferencias de Yalta y Potsdam no estaban al corriente de la mayoría de los hechos narrados en los párrafos anteriores. Conocían muy poco sobre la historia de la Europa oriental, y estaban predispuestos a admirar al mariscal Stalin como gran líder de los pueblos que más habían hecho para derrotar a los nazis. Sabían por la práctica que las tropas de aquél se hallaban en todos los países liberados de la Europa centro-oriental, excepto en Yugoslavia y Grecia. Sabían asimismo que los Estados Unidos deseaban poner fin a la ayuda económica *lend-lease* y repatriar a sus tropas lo antes posible. Pero los hechos relativos a la Europa oriental y el esperanzado optimismo respecto a la cooperación de los Tres Grandes son elementos importantes para comprender el comienzo de la Guerra Fría.

Tomemos el ejemplo específico del mayor y más importante país de la región, Polonia, que ocupa un territorio de llanura casi en su totalidad, entre Alemania y la URSS.

El caso de Polonia

El Reino Unido y Francia habían declarado la guerra el 3 de septiembre de 1939 sobre todo para salvar a Polonia de lo que en cambio se había permitido en el caso de Checoslovaquia. Aun cuando se vieron imposibilitados para impedir la victoriosa *Blitzkrieg* alemana y la división de Polonia entre Alemania y la URSS, acogieron a un *gobierno en el exilio* polaco en Londres. Los polacos de Londres representaban a la dictadura militar derechista y virulentamente

Los orígenes de la OTAN

En 1947, en la simbólica ciudad de Dunkerque, los gobiernos de Francia y Gran Bretaña firman un tratado de defensa mutua con una validez de cincuenta años. Meses más tarde, se decide en Bruselas un acuerdo que extiende aquel tratado a Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Son los momentos en que se plasma en la práctica la división del continente según los planes de los vencedores en la guerra. Polonia es entregada *al campo oriental, a cambio de la permanencia en el occidental de una Grecia que se desgarra en sangrienta guerra civil.*

Mientras el resto de los países balcánicos pasa a organizarse según modelos colectivistas, la ya abierta situación de guerra fría *y la consolidación de las posiciones hegemónicas obligan a una adecuada toma de posiciones. En lo que los propagandistas norteamericanos denominan ya* mundo libre, *se plantea una vertebración de fuerzas de posible oposición a una agresión procedente del reciente aliado.*

El Tratado de Washington de 1949 consagra el nacimiento de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, que anuncia como su objetivo básico la defensa colectiva de las libertades democráticas a través de una estrecha colaboración política y económica. *Los países firmantes son, además de los Estados Unidos y Canadá, Gran Bretaña, Francia, Italia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca, Islandia, Noruega y Portugal. Más tarde, todavía dentro del período de guerra fría, se agregarán Grecia, Turquía y la República Federal de Alemania. La adhesión de España queda ya fuera del espacio de tiempo tratado.*

La OTAN, autoproclamada escudo y lanza de Occidente *además de defensora de los principios de la democracia, no tuvo reparo alguno en admitir en su seno a una dictadura abierta como la portuguesa y, más adelante, tampoco pondrá objeciones al régimen de los coroneles griegos o a los sucesivos gobiernos de fuerza que se sucederán en Turquía. Lo importante era, en definitiva, la contención del posible expansionismo comunista al precio que fuese.*

En el momento de la creación de la OTAN, la Unión Soviética solicitó —lo que puede parecer altamente sorprendente— el ingreso en la misma. Solicitud ésta que le fue denegada. Algunos tratadistas han apuntado la posibilidad de que esta intención, realmente antinatural, tendría por finalidad organizar desde el interior un sistemático boicot del funcionamiento de sus estructuras. Al no ver aceptado su país, el representante soviético ante las Naciones Unidas acusó a la OTAN de constituir una amenaza para la paz *y de ser* una alianza agresiva.

Para entonces, ya el Plan Marshall estaba contribuyendo decisivamente a la reconstrucción de los países de la Europa occidental, a excepción de la España de Franco. Mientras, las autodenominadas democracias populares se estancaban en situaciones negativas que cuatro décadas de dictadura comunista no harían más que agravar.



De izquierda a derecha, el general Giles, el secretario de Guerra, Stimson, y el general Marshall acuden a informar a Truman sobre Japón (1945). Marshall fue el principal impulsor del Plan que llevó su nombre

anticomunista (y antidemocrática) que había ocupado el poder durante varios años antes de la invasión alemana. Entre ellos estaba el líder del mayor partido parlamentario polaco de preguerra, el Partido Campesino, de Stanislaw Mikolajczyk. Este gobierno en el exilio organizó unidades militares que jugaron un papel significativo en la campaña aliada de Italia.

Dos incidentes ocurridos en los años de guerra hicieron literalmente imposible que los polacos de Londres pudiesen colaborar con los soviéticos. Uno de ellos fue el descubrimiento, efectuado por los alemanes, en 1943, de las fosas comunes en que se hallaban enterrados más de 14.000 oficiales del Ejército polaco, de cuyas muertes violentas acusaron a los soviéticos, en el bosque de Katyn, cerca de Smolensk. Los soviéticos anunciaron, con justa indignación, que se trataba ni más ni menos de una ultrajante mentira como otras muchas propagadas por los nazis. El Gobierno polaco en el exilio exigió una investigación internacional de la Cruz Roja. Los desconcertados británicos trataron de silenciar el asunto, argumentando que nadie puede hacer resucitar a los muertos. Stalin aprovechó la ocasión para romper relaciones con los *fascistas* polacos, y formó un gobierno comunista fantoche al que reconoció como legítimo una vez que el Ejército Rojo hubo liberado una parte del territorio polaco.

A lo largo de la guerra y de las negociaciones diplomáticas posteriores, nadie podía esperar hablar en favor de Polonia a menos que aceptase la versión soviética, es decir, que quienes habían asesinado a los 14.000 polacos habían sido los alemanes. Y ello, pese a que los hechos habían ocurrido más de un año antes de la invasión alemana de la URSS. Casi cincuenta años más tarde el gobierno de Mijaíl Gorbachov reconoció que Stalin había sido quien había ordenado las ejecuciones con el fin de diezmar al cuerpo de oficiales polacos, hacia el que siempre había sentido un odio patológico (y viceversa).

El segundo incidente que envenenó las relaciones entre polacos y soviéticos fue la insurrección de Varsovia de agosto-septiembre de 1944. A fines de julio el Ejército Rojo había alcanzado ya el río Vístula, al otro lado del cual se halla la capital polaca. El ejército clandestino polaco, que seguía las directrices del gobierno en el exilio de Londres, había organizado una insurrección que esperaba coordinar con la llegada de las fuerzas soviéticas; y los soviéticos, por medio de la radio, habían instado a la población a levantarse contra el ocupante ale-

mán. Pero cuando la población de Varsovia inició sus ataques contra los ocupantes, el Ejército Rojo no hizo ningún intento de cruzar el río, y dejó que las guerrillas urbanas se desangrasen hasta morir. Según los soviéticos, la insurrección se había iniciado sin su aprobación y se pretendía con ello situarlos ante el hecho consumado una vez que hubiesen penetrado en Varsovia. Según la mayoría de los observadores occidentales, Stalin había alentado deliberadamente la insurrección que dio lugar a la destrucción por parte de los alemanes de la resistencia no comunista partidaria del Gobierno en el exilio de Londres. Pero, como en el caso del bosque de Katyn, los aliados no pudieron expresar públicamente ninguna duda respecto de las razones soviéticas.

Una vez instaurado un gobierno interino polaco controlado por los soviéticos en Varsovia, Stalin permitió que el líder del Partido Campesino polaco, el conservador Mikolajczyk, volviese a Polonia. Las primeras elecciones demostraron que su partido tenía mucho más apoyo popular que los comunistas, tras lo cual la policía, controlada por éstos, hostigó a Mikolajczyk hasta que éste se vio obligado a abandonar Polonia en octubre de 1947.

Desde la perspectiva de los aliados occidentales, el dominio soviético sobre Polonia, aunque fuese una desgracia desde el punto de vista de los polacos, era comprensible debido a su situación geográfica. Además, aunque los soviéticos intimidaban a los partidos no comunistas y reservaban todos los cargos importantes en el Gobierno y en el Partido Comunista a estalinistas completamente fieles, no purgaron físicamente a los opositores y no intentaron colectivizar completamente la economía polaca.

Más duro fue el destino de Hungría y Checoslovaquia, el primero ex enemigo, el otro el país más pro-soviético de la Europa centro-oriental. Hungría había experimentado quizá las más radicales formas de hostilidad entre los soviéticos y Occidente en el período de entreguerras.

Hungría y Checoslovaquia

Había conocido una breve y ajetreada revolución comunista en 1919, seguida por una serie de dictaduras de derecha. Hasta 1944, cuando Hitler ya no podía ganar la guerra, el gobierno húngaro había colaborado con Alemania. Cuando trató de zafarse de la colaboración, los alemanes ocuparon el país, e infligieron fuertes pérdidas al Ejército Rojo antes de retirarse. Por ello, para los soviéticos, Hungría era un país enemigo, al que había que exigir reparaciones. Además era un país cuya lengua no tenía ninguna relación con las lenguas eslavas, y cuyos terratenientes y gitanos se consideraban, todos ellos, culturalmente superiores a los eslavos.

La mayor organización política era el Partido de los Pequeños Propietarios, de tendencia conservadora, formado por campesinos y notables municipales, y dirigido por Ferenc Nagy. El Partido Comunista, ilegal

Klement Gottwald



Klement Gottwald (Dedice, 1896-Praga, 1953). Político checoslovaco. Descendiente de campesinos, trabajó como carpintero y se afilió al Partido Socialdemócrata en 1912. Movilizado por el Ejército austriaco durante la Gran Guerra, desertó. En 1921 se adhirió al nuevo Partido Comunista checoslovaco y dirigió su órgano de prensa. Secretario general en 1927, dos años después fue elegido miembro del Parlamento. En 1935 fue miembro del presidium del VII Congreso de la Komintern. Tras la ocupación nazi de Checoslovaquia, se refugió en la URSS. Vicepresidente del Gobierno checo en el exilio, a su vuelta a Praga en 1945 continuó ostentando el cargo en el Gabinete de Unión Nacional. En julio de 1946, tras el triunfo electoral de los comunistas, se convirtió en jefe del Gobierno, cargo desde el que preparó el establecimiento de un régimen comunista. Rechazó el Plan Marshall y en febrero de 1948 dirigió el *golpe de Praga*. Elegido presidente de la República tras la dimisión de Benes, trabajó para convertir a Checoslovaquia en un Estado socialista. Murió poco después de asistir a las exequias de Stalin.

desde 1919, estaba dominado completamente por el grupo de exilados llegados de Moscú para dirigirlo a fines de 1944. Antes de que se celebraran elecciones los comunistas, conscientes de su falta de apoyo popular, alentaron la formación de un Partido Nacional Campesino rival de los Pequeños Propietarios; y formaron un *frente unido* con los socialdemócratas. Y propugnaron una rápida reforma agraria que afectaba a los latifundios que habían dominado la vida rural húngara durante siglos; y el Ejército Rojo distribuyó semillas y aperos para la siembra de primavera.

Dado que la reforma agraria, junto a la democracia, había sido también la principal exigencia de los Pequeños Propietarios, y dado que el Partido de los Pequeños Propietarios estaba minado por el faccionalismo, del que se aprovecharon los comunistas, estos últimos esperaban ganar las elecciones que, debido a los acuerdos de Yalta, estaban obligados a celebrar. Pero en las municipales de Budapest de octubre de 1945, la lista combinada Partido Comunista-Partido Socialdemócrata obtuvo el 43 por 100 de los votos, mientras que los Pequeños Propietarios obtenían el 50 por 100. El mes siguiente, en las elecciones más libres de la historia húngara (gracias a la insistencia de los miembros británicos y estadounidenses de la Autoridad Aliada de Ocupación) los Pequeños Propietarios obtuvieron el 57 por 100 de los votos y el Partido Comunista el 17 por 100.

Casi cincuenta años después el gobierno de Mijaíl Gorbachov reconoció que Stalin había sido quien había ordenado las ejecuciones para diezmar al cuerpo de oficiales polacos

Así pues, los soviéticos aceptaron un gobierno en el que Ferenc Nagy era primer ministro, pero insistieron en obtener el Ministerio del Interior. El control de la policía les permitió hostigar los mítines ajenos y chantajear a los dirigentes de los partidos no comunistas. El gobierno de Nagy emprendió la reforma agraria y la nacionalización de las minas y de las comunicaciones que, prácticamente en todos los países, tanto del Este como de Occidente, parecía tener sentido desde el punto de vista económico después de la guerra. Pero también insistieron en el establecimiento de libertades políticas de tipo occidental, en una educación religiosa tradicional (católica y luterana) y en la continuación en términos generales de un sistema económico capitalista.

Los comunistas establecieron un Consejo Económico Supremo, para el que nombraron a sus partidarios. Por medio de una combinación de experiencia técnica y mitificación, apoyo soviético al Consejo, y continuas críticas y amenazas personales a varios miembros del gabinete, acabaron intimidando al gobierno de Nagy y obligándolo a aceptar un grado mucho mayor de socialización de lo que ellos o sus votantes habrían aprobado nunca voluntariamente. Cuando el presidente del Partido Nacional Campesino, considerado pro-soviético, Bela Kovacs, se resistió a algunas de las peticiones comunistas, los soviéticos lo secuestraron en febrero de 1947 y acabaron llevándolo a la URSS.

En mayo de ese año el primer ministro Ferenc Nagy marchó a Suiza para unas breves vacaciones, en gran parte para escapar a las presiones de las acusaciones constantes en la prensa contra él para preparar su anunciada defensa contra tales acusaciones. Algunos amigos le aconsejaron que no volviese a Budapest, pues podían detenerlo. Al mismo tiempo, tenía un hijo adulto en la capital, y estaba preocupado por su futuro. En negociaciones con la policía, controlada por los comunistas, accedió a anunciar su dimisión y su salida *voluntaria* del país a cambio de ver libre a su hijo, que había sido detenido. Al cabo de unos meses, y sin pretensiones de legitimidad parlamentaria, el Partido instauró una dictadura en la persona del leal prosoviético Matyas Rakosi (inventor de la famosa frase sobre *la técnica del salchichón* para describir la toma del poder en gobiernos de coalición).

Checoslovaquia era el país que ofrecía las mejores posibilidades para que los soviéticos establecieran unas relaciones verdaderamente cordiales con un vecino al que acababan de liberar. Tradicionalmente, por la lengua, la literatura y el arte, los checoslovacos se habían mostrado más amigables que otros países del este de Europa con los

Comunismo en los Balcanes

Cuatro países balcánicos entran en la guerra fría incluidos, además de los tratados en el texto, en la órbita soviética. Pueden ser clasificados dentro de dos modelos de diferentes características.

Yugoslavia y Albania configuran el primero. Estos dos países vivieron su transición de un modo que puede ser calificado de autónomo. En ellos el papel del Ejército Rojo fue muy reducido, en comparación con el protagonismo que tuvo en sus vecinos. Josip Broz Tito *y Enver Hoxha habían sido capaces de conservar bajo su mando a la práctica totalidad de las fuerzas de la resistencia y, llegada la hora de la liberación, fueron reconocidos por la población como sus únicos salvadores. Albania, donde la retirada de los alemanes produjo un vacío de poder en octubre de 1944, no conoció siquiera un período de transición hasta la instalación del nuevo régimen, que se llevó a efecto de forma inmediata. Yugoslavia, por su parte, no necesitó más que un interregno de seis meses hasta que el provisional Gobierno de coalición fuese sustituido por el control de los jefes partisanos. Dos sistemas que Stalin no podría controlar.*

soviéticos. No olvidaban que éstos se habían ofrecido a defenderlos en 1938 cuando los aliados occidentales estaban preparando la infame traición de Munich. El presidente Eduard Benes, del gobierno en el exilio instalado en Londres, había viajado hasta Moscú en 1943 para firmar un tratado de amistad por veinte años con la URSS. Los checoslovacos habían recibido bien al Ejército Rojo. El presidente del Partido Comunista, Klement Gottwald, fue miembro del primer gobierno posbélico, y a cambio de lo que parecía ser una genuina predisposición de los comunistas para aceptar las reglas democráticas, una vez restaurado el gobierno Benes, éste aceptó nacionalizaciones a gran escala, la reconversión del comercio checoslovaco del Occidente al Este, y una purga, dirigida por los comunistas, contra los *colaboradores* en la Administración.

En las elecciones parlamentarias de la primavera de 1946, los comunistas obtuvieron el 38 por 100 de los votos. Al ser, con mucho, el partido más votado, un comunista ocupó el cargo de primer ministro, y con la cooperación de una buena parte del Partido Socialista, se hallaban en la situación idónea, conseguida democráticamente, para llevar a cabo una revolución socialista. Pero en el verano de 1947 el gobierno de Gottwald acogió favorablemente el *Plan Marshall*, patrocinado por Estados Unidos, plan de recuperación económica que, por definición, estaba abierto a todos los países de Europa. Pero Stalin obligó a Gottwald a cambiar su postura y a rechazarlo, tras lo cual el primer ministro comunista checoslovaco estimó que era necesario ser muy cuidadoso con los deseos de los soviéticos.

Para fines de 1947 Polonia, Hungría, Rumania y Bulgaria habían todos ellos completado la *técnica del salchichón* al convertir coaliciones democráticas en dictaduras dominadas por los comunistas, denominadas cínicamente *democracias populares*. Ya a comienzos de 1948, los comunistas checoslovacos presionaban para que abandonasen el Gobierno los ministros no comunistas que quedaban. El presidente Benes se negó a aceptar las *dimisiones*, y la policía, controlada por los comunistas, realizó incursiones en los cuarteles generales de los demás partidos parlamentarios y anunció haber encontrado documentación sobre traicioneras conspiraciones (*traicioneras* según el dictado paranoico de Moscú).

En mayo deberían haberse celebrado elecciones, y el Partido Comunista temió, quizá con razón, que sus votos iban a disminuir. Para evitar esta posibilidad precipitaron una crisis de gobierno. Gottwald anunció la composición del nuevo gobierno, formado por comunistas y socialistas de la facción pro-soviética, que, juntos, habían obtenido el 51 por 100 de los votos en 1946. Benes no se pronunció (tanto él como Gottwad estaban enfermos del corazón), no resistió ni aprobó, pero el golpe de febrero acabó con el sueño de una revolución legal y con el papel de Checoslovaquia como puente entre el Este y Occidente.

La Europa occidental

El golpe checoslovaco acabó con la poca fe que quedaba en las buenas intenciones



La ofensiva de Stalin sobre Letonia, Estonia y Lituania en el año 1944, satirizada por el* Punch *de Londres

soviéticas, y en la posibilidad de una cooperación real entre comunistas y no comunistas en la Europa posbélica.

Los acontecimientos en Francia y en Italia no fueron tan dramáticos como en los países situados en la esfera de influencia soviética. En ambos países los comunistas gozaban de buen nombre y eran admirados debido a su papel dirigente en los movimientos de resistencia desde junio de 1941. En los dos países habían obtenido entre un cuarto y un tercio de los votos en las primeras elecciones posbélicas. En ambos países la opinión pública era favorable a la nacio-

nalización de numerosas industrias clave. Y en ambos países las administraciones municipales comunistas habían proporcionado servicios locales honrados y eficaces.

Pero en el ámbito de la política nacional, la opinión pública no aceptó el liderazgo comunista. Esto se hizo evidente durante las discusiones sobre la nueva Constitución. En octubre de 1945 los comunistas eran la delegación más numerosa en la Cámara de los Diputados, y esta cámara preparó una Constitución que podía dar el poder a un legislativo con mayoría comunista. Pero la opinión pública rechazó el borrador de la Constitución en mayo de 1946, y en las elecciones de junio se dio un apoyo mayoritario a un partido católico centrista, el *Mouvement Républicain Populaire* (MRP) de Georges Bidault, que había sido uno de los más importantes dirigentes de la Resistencia. El MRP y el Partido Socialista, parlamentario, cooperaron en redactar una Constitución que fue aprobada en octubre y que dio el poder a una mayoría de centro-izquierda, pero no a los comunistas.

Los años entre 1945 y 1947 fueron años difíciles de búsqueda de sí mismos por parte de los franceses. Existía un sentimiento silencioso, pero no por ello menos poderoso, de vergüenza por el recuerdo de la fulminante derrota de 1940 y por la pasividad de la gran mayoría durante la ocupación alemana. Varios miles de colaboradores fueron asesinados por los grupos resistentes victoriosos, sin que se llevase a cabo algún tipo de juicio. Francia había considerado siempre a la URSS como su aliada principal contra la amenaza de una dominación alemana, combinado esto con la admiración por la victoria soviética y por el papel de los comunistas en la Resistencia francesa. Pero Francia estaba agradecida también a los Estados Unidos por la liberación, que no habría sido posible sin la ayuda económica y militar estadounidense en los años 1941-1945. Por si fuera poco, la leche en polvo, la carne y los vegetales enlatados, y las vacunas que salvaron a millones de personas de morir de desnutrición o de enfermedades graves, provinieron casi en su totalidad de Estados Unidos.

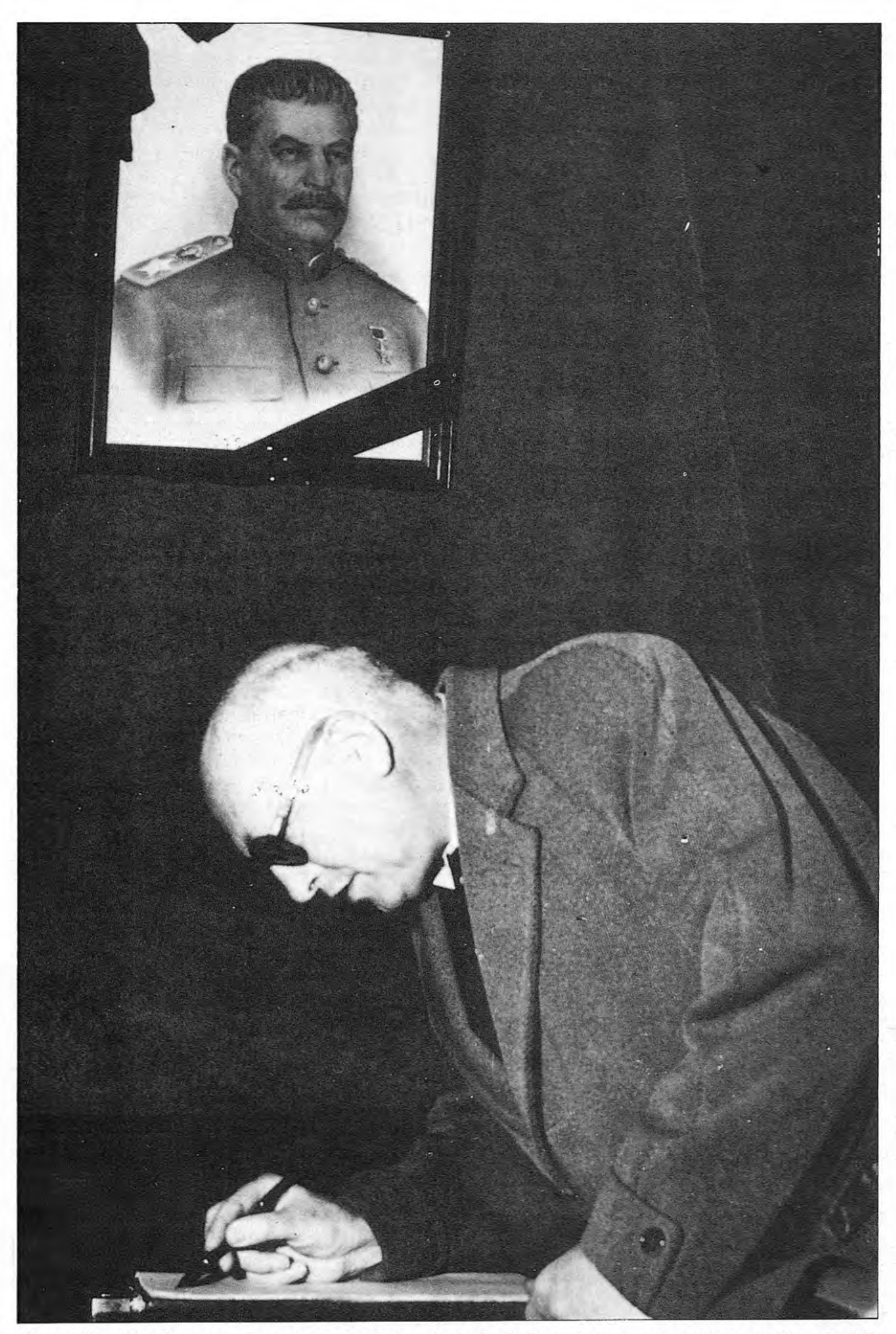
Francia no había enviado tantos emigrantes al Nuevo Mundo como habían hecho otros países europeos, pero para el francés medio, lo mismo que para otros europeos, los Estados Unidos eran la tierra de la oportunidad para el hombre de la calle. Al mismo tiempo, los intelectuales tenían una larga tradición de desprecio hacia los Estados Unidos, considerados el país en que los capitalistas sin escrúpulos podían hacer millones, y donde los valores culturales del pasado europeo estaban completamente ausentes.

Pero a medida que se iba consolidando el punto muerto entre las cuatro potencias ocupantes de Alemania, y que los partidos no comunistas iban siendo eliminados de los gobiernos de la Europa del Este, la mayoría de los intelectuales franceses interpretaba los acontecimientos de manera favorable para los soviéticos. Si los Estados Unidos presionaban para que se restringiesen las reparaciones a la URSS, esto se interpretaba como un intento imperialista para detener la

Palmiro Togliatti



Palmiro Togliatti (Génova, 1893-Yalta, 1964). Político italiano. Miembro del Partido Socialista, colaboró en *Avanti* y *Ordine Nuovo*, fundado por Gramsci. Tras el congreso de Liorna (1921), se separó del Partido Socialista para fundar el Partido Comunista italiano. Detenido en varias ocasiones durante el fascismo, en 1926 huyó a Francia. Secretario general del PCI desde 1927, fue uno de los secretarios del Komintern, actuando en España bajo los seudónimos de Alfredo y Ercole Ercoli. En 1940 se estableció en Moscú, desde donde dirigía emisiones radiofónicas a la resistencia italiana. En 1941 regresó a Italia, formando parte del Gobierno Badoglio (1944). Ministro de Justicia en los Gobiernos Parri y De Gasperi hasta su exclusión, en 1947. Un año más tarde sufrió un atentado del que salió ileso. En 1950 se enfrentó a Stalin, que pretendía hacerle presidir una Kominform renovada. Aunque apoyó la intervención soviética en Hungría, fue el primer comunista occidental que propició la conquista del poder por medios pacíficos. Murió mientras se encontraba de vacaciones en la URSS.



El socialista Nenni expresa su condolencia por la muerte de Stalin en la embajada soviética en Roma (1953)

recuperación soviética. Allí donde los soviéticos se negaban a cooperar con los partidos campesinos mayoritarios, como en Polonia o en Hungría, se afirmaba que estos partidos no eran partidos democráticos de buena fe, sino que en realidad tramaban conspiraciones fascistas con el fin de defender los privilegios de las antiguas clases terratenientes gobernantes. Sin duda había un elemento de verdad en tales interpretaciones, pero por término medio mostraban una tendencia clara a atribuir todos los desacuerdos a los Estados Unidos y a apoyar la interpretación comunista sobre quién merecía o no ser considerado *democrático* o *progresista*.

Por otro lado, la mayoría de los agricultores y empresarios franceses independientes no compartía los prejuicios de los intelectuales en contra de la cultura estadounidense. Además, los Estados Unidos carecían de un partido político que defendiese directamente sus intereses de la manera en que el Partido Comunista defendía los de la URSS. La influencia estadounidense *se sentía* más bien en términos económicos. En 1947 el *Plan Marshall* de créditos e inversiones para la reconstrucción de las maltratadas economías de Europa se pensó para todos los países, y sin ninguna de las estrictas condiciones impuestas por los soviéticos en la Europa del Este. Pero, naturalmente, los empresarios, diplomáticos y congresistas estadounidenses dejaron claro que Estados Unidos invertía en el futuro de una Europa democrática capitalista, o al menos socialdemócrata, pero no en su comunistización. Los Estados Unidos estaban dispuestos a aceptar alcaldes comunistas en las ciudades francesas, pero no la participación comunista en el gobierno de la nación.

A partir de mediados de 1947 ya no había ministros comunistas en el gobierno. Francia se unió a los fundadores de la Unión Europea Occidental en 1948; se trataba de una alianza defensiva formada por el Reino Unido, Francia y los países del Benelux. Los comunistas continuaron obteniendo aproximadamente el 25 por 100 de los sufragios en las elecciones generales, pero una nueva ley electoral de 1951 redefinió los distritos electorales de tal manera que redujo mucho el número de diputados comunistas.

Democracias y dictaduras

Italia era claramente un país más pobre que Francia o que el Reino Unido. Era un país en el que la democracia parlamentaria no había funcionado nunca muy bien, y desde 1922 a 1943 había vivido bajo la dictadura fascista de Mussolini. Además, era un

El caso de Bulgaria

El segundo modelo es el que presentan Bulgaria y Rumania. En la primera, aliada de Alemania pero sin cortar nunca relaciones con Moscú, un Gobierno de Frente Patriótico llegó al poder mediante golpe de Estado en septiembre de 1944. Formado por socialdemócratas, agrarios y comunistas, obtuvo una gran victoria en las elecciones de noviembre de 1945, tras haber procedido a la depuración de los elementos colaboracionistas con el viejo régimen. En otoño de 1946, un referéndum decidió —por el 92 por 100 de los votos— la abolición de la monarquía. Simeón, el rey niño, debió abandonar el país.

El 15 de septiembre fue proclamada una República Popular, de la que la legendaria figura de Georgi Dimitrov era indiscutida cabeza. Fiel seguidor de las directrices de Stalin, no tardó en apartar de los puestos de gobierno a los elementos progresistas no comunistas. La puesta en práctica de un inicio de reforma agraria había granjeado al partido comunista un señalado apoyo entre la población, pero cuando controló ya todo el poder no tuvo reparo alguno en proceder contra el partido agrario —el más importante del país— y llegó a decidir la ejecución, acusado de traición, de su máximo dirigente.

La Constitución de Dimitrov —4 de diciembre de 1947— se inspiró en la soviética de 1936 y sentaba las bases para la reconstrucción del Estado sobre fundamentos colectivistas. Muy pronto, la población en todos sus sectores comenzaría a conocer los efectos de la nueva situación. La persecución, las presiones, los encarcelamientos y ejecuciones, la permanente delación... todo ello pasó a configurar la vida cotidiana del pueblo búlgaro, que empezaba a despertar de un secular letargo.



Pío XII en sus aposentos del Vaticano. La Santa Sede siempre consideró el comunismo como una amenaza

país de sentimientos pro-estadounidenses muy fuertes. Los italianos habían sido uno de los grupos más numerosos y exitosos entre los que habían emigrado a Estados Unidos desde fines del siglo XIX en adelante. Sus intelectuales, como la mayoría de los intelectuales europeos, mostraban una actitud condescendiente respecto a Estados Unidos, pero no manifestaban un antiamericanismo tan acentuado como los franceses.

Los ejércitos aliados se abrieron camino combatiendo a lo largo de la península italiana, en dirección norte, en los años 1943-1944, confraternizando con una población —a la que también hubieron de alimentar— que nunca se había mostrado demasiado entusiasta de la alianza con la Alemania nazi. El gobierno provisional posfascista de la primavera de 1944 incluía al filósofo de renombre internacional y antifascista Benedetto Croce, al pro-demócrata y diplomático antifascista exilado conde Sforza, y al presidente del Partido Comunista Italiano, que había llegado recientemente de Moscú, Palmiro Togliatti.

La aplastante mayoría de los partisanos italianos habían sido comunistas o socialistas. El Partido Comunista Italiano era el mayor de Europa, y a fines de los años cuarenta había gozado de la cooperación parlamentaria de los socialistas de izquierda de Pietro Nenni. La experiencia de Nenni en las Brigadas Internacionales durante la guerra civil española había producido en él una admiración sincera y no dogmática hacia la democracia política. Togliatti, que era funcionario de la III Internacional, se había visto involucrado directamente en las purgas estalinistas en el seno de las Brigadas, pero su comportamiento en el período posbélico demostró que valoraba la alianza con los socialistas democráticos y no permitió que el dogma estaliniano aislase a los comunistas italianos de la izquierda democrática. Quizá Togliatti tenga la rara particularidad de haber sido el único dirigente comunista que mantuvo su autoridad en el partido sin ser un estalinista ciegamente dogmático.

Como en el caso francés, en Italia los Estados Unidos estaban dispuestos a aceptar

alcaldes comunistas, diputados comunistas, líderes sindicales comunistas, una prensa comunista, pero no dirigentes comunistas en el gobierno de la nación. La opinión pública, al igual que en Francia, estaba agradecida a los Estados Unidos por su ayuda económica, y prefería un sistema democrático parlamentario a una *democracia popular* como las impuestas en el Este por los soviéticos. El propio partido, bajo la dirección de Togliatti, se comprometió a emplear métodos de acción no revolucionarios, sino parlamentarios.

Una característica especial, y difícil, de la situación italiana era el hecho de que el Vaticano, centro mundial del catolicismo, estaba ubicado en Italia. El Papa del momento, Pío XII, era un aristócrata romano archiconservador que, como jefe de la diplomacia vaticana, había negociado el Concordato con Alemania de 1933, el primer tratado que había dado respetabilidad internacional al régimen nacionalsocialista recién instaurado. La Iglesia había sido tratada de mala manera por los nazis en diversos casos en los años siguientes, pero Pío XII, que se convirtió en papa en 1939, nunca adoptó públicamente una postura antinazi clara a lo largo de la guerra. Ahora era pro-estadounidense, pero sin ser mínimamente democrático.

Para el Vaticano, el comunismo había sido siempre una amenaza peor que el fascismo o el nacionalsocialismo. La jerarquía de la Iglesia nunca compartió, ni remotamente, las esperanzas democráticas de los occidentales en cuanto a una extensión de la cooperación del tiempo de guerra a la posguerra. Los soviéticos le devolvieron la hostilidad de manera cumplida. En Checoslovaquia oriental y en partes de Polonia y de Ucrania existía una importante Iglesia, conocida por Iglesia Uniata, cuyo ritual era el de la Ortodoxa, pero que reconocía al Vaticano como centro de la Cristiandad. En 1946 Stalin obligó a la Iglesia Uniata a trasladar su lealtad del Vaticano al Patriarca de Moscú. Ese mismo año, el régimen comunista (y por esas fechas plenamente estalinista) de Yugoslavia sometió a juicio y encarceló al arzobispo católico de Croacia: no estaba demostrado que el obispo Stepinac hubiese apoyado activamente al régimen fascista *ustacha*, tal como decía la acusación, pero en última instancia nunca había criticado abiertamente sus atrocidades, ni había intentado limitarlas.

En Hungría, entre 1945 y 1949, el Primado, cardenal Jozsef Mindszenty, desarrolló una activa resistencia contra el Partido Comunista. Pidió a los creyentes que votasen a los Pequeños Propietarios, y alentó a las escuelas católicas a hacer huelgas contra los sistemas de enseñanza impuestos por los *marxistas ateos*. Después de la dimisión-exilio forzado de Ferenc Nagy y el establecimiento de una dictadura comunista sin tapujos, prohibió el repicar de las campanas de las iglesias mientras Hungría estuviese gobernada por los *excomulgados*. A comienzos de 1949 fue detenido y procesado por varios presuntos delitos. No había ver-

Maurice Thorez



Maurice Thorez (Noyelles-Godault, 1900-Mar Negro, 1964). Político francés. Minero desde los doce años, se afilió primero al Partido Socialista y más tarde al Partido Comunista, desde el momento de su constitución en el Congreso de Tours (1920). Miembro del Comité Central (1924), fue elegido secretario general en 1930. Diputado en 1932 y 1936, fue uno de los artífices del Frente Popular francés. Llamado a filas en 1939, huyó a Moscú, por lo que fue juzgado en rebeldía, condenado a muerte y privado de la nacionalidad francesa. Regresó a Francia en 1944, siendo elegido diputado en la Asamblea Constituyente de 1945. Ministro con De Gaulle (1945-46) y vicepresidente del Consejo en los Gobiernos tripartitos de Bidault y Ramadier (1946-47). Se opuso al Plan Marshall, siendo excluido del Gobierno, al igual que los demás ministros comunistas (1947). En 1956 consiguió que el PCF aprobase una resolución favorable a la desestalinización. En 1958 fue reelegido diputado, aunque renunció poco después por motivos de salud. Cuando realizaba un viaje de Marsella a Odesa, murió a bordo del transatlántico *Litva*.



Una pareja de policías militares soviéticos patrulla por las calles de la ciudad alemana de Baden (1945)

daderas pruebas contra él salvo sus contactos *ilegales* con el embajador estadounidense y cierta utilización oscura por parte de la Iglesia de contribuciones financieras extranjeras. Fue condenado a cadena perpetua, liberado por los revolucionarios de 1956, y se refugió en la embajada estadounidense cuando los tanques soviéticos penetraron en Budapest a fines de octubre. El cardenal era realmente un reaccionario beligerante, y una persona a la que incluso sus defensores encontraban de trato difícil, pero en ningún régimen democrático podría haber sido acusado, ni siquiera remotamente, de delitos que mereciesen la cárcel.

En Checoslovaquia, después del golpe de los comunistas de febrero de 1948, el Vaticano amenazó con excomulgar a todo cató-

lico que cooperase con el régimen comunista, y el gobierno checoslovaco, por su lado, amenazó con procesar por traición a todo sacerdote que llevase a la práctica el decreto. El clero checoslovaco no intentó desafiar al gobierno, pero los dos decretos simbolizan el estado de hostilidad constante entre la Iglesia católica y el régimen comunista.

La política de contención

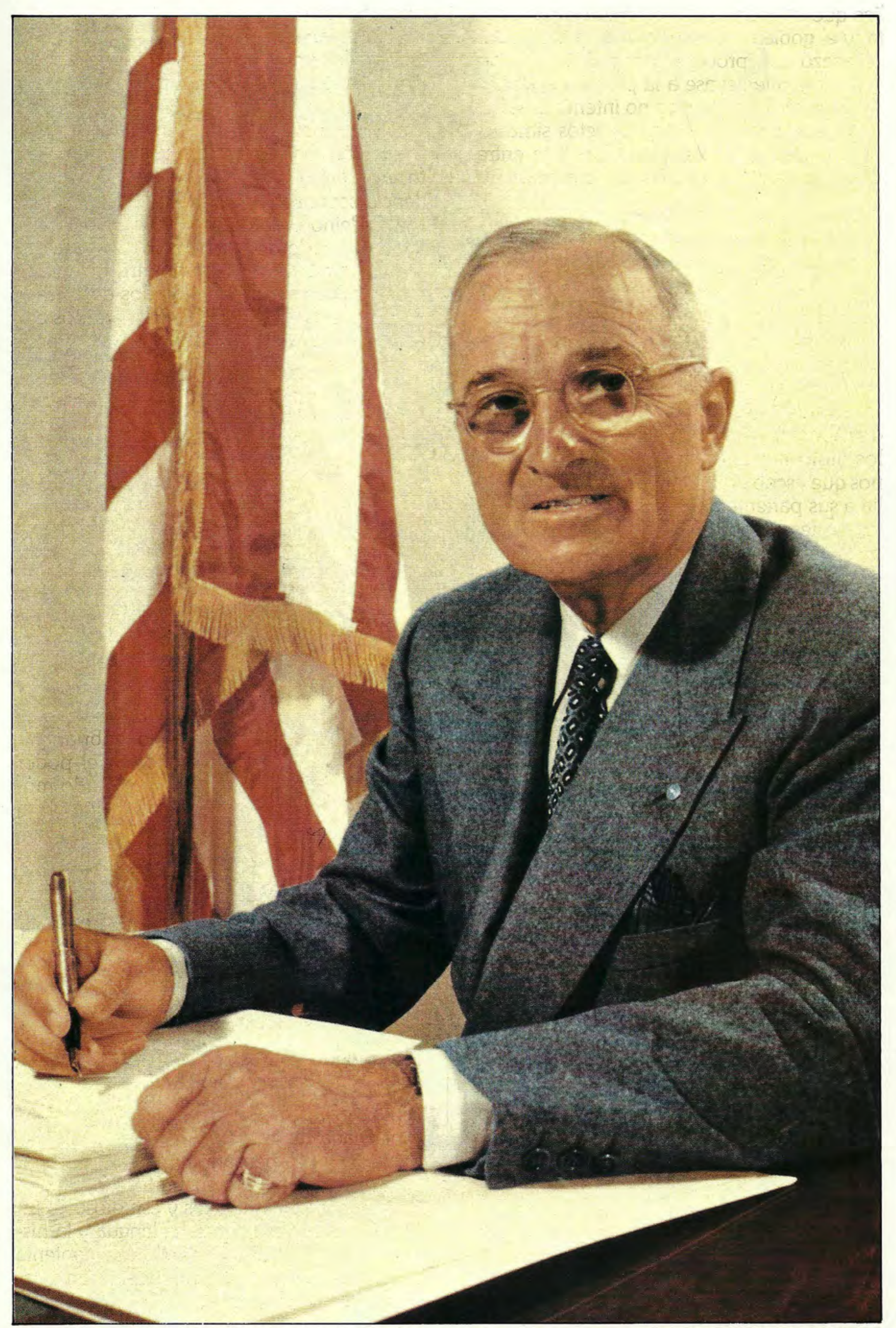
En Italia, el Partido Democristiano era el mayor partido parlamentario, seguido por los comunistas. El Vaticano apoyaba a los democristianos, y en las elecciones de 1948, un año después del *Plan Marshall*, los Estados Unidos pidieron a los italo-norteamericanos que escribieran a Italia a sus parientes, y que los pusiesen sobre aviso públicamente diciéndoles que la ayuda económica estadounidense podría terminar si el Partido Comunista obtenía la mayoría en las elecciones. Los democristianos obtuvieron el 49 por 100 de los sufragios, y los comunistas, junto a los socialistas de izquierda de Pietro Nenni, obtuvieron el 31 por 100. Estas elecciones iniciaron un período que durará tres decenios durante el cual los democristianos dominarán el gobierno del país; los comunistas serán la segunda fuerza política en el Parlamento y gobernarán también algunas de las ciudades industriales del norte.

Quizá Togliatti tuvo la rara particularidad de haber sido el único dirigente comunista que mantuvo su autoridad en el partido sin ser un estalinista ciegamente dogmático

En el Reino Unido, el comienzo de la Guerra Fría tuvo muy poco que ver con la política interior. Existía mucha admiración y buena voluntad hacia el aliado soviético, y se había llegado a un amplio consenso sobre la necesidad de crear un *Estado de bienestar* que incluyese la nacionalización del Banco de Inglaterra, de los servicios médicos, las minas de carbón, y las industrias siderúrgica, eléctrica y de comunicaciones. El gobierno laborista ofreció ampliar a cincuenta años la alianza defensiva firmada con la URSS en 1942. Los británicos políticamente conscientes no eran en absoluto antinorteamericanos, pero no les gustaba el anticomunismo estridente de la era maccarthyana (1948-1952) y solían sospechar de los gobiernos francés, alemán federal, italiano y belga, todos ellos gobernados por partidos católicos, aunque democráticos. Pero los conflictos entre las fuerzas de ocupación en Alemania, la estalinización forzada de la Europa del Este y la dependencia económica de Estados Unidos, llevaron al Reino Unido a la Guerra Fría, en calidad de aliado de Estados Unidos.

En los primeros dos años tras la rendición de Alemania, de mediados de 1945 a mediados de 1947, los Estados Unidos carecieron de una interpretación coherente de sus dificultades con la URSS en Alemania y en la Europa oriental. Los soviéticos, ¿eran brutales sin más en su esfera de influencia? ¿Creían de verdad en su propia propaganda según la cual las minorías comunistas y sus aliados incondicionales se habían convertido en las únicas fuerzas realmente *democráticas* en esas regiones? ¿Podría habérseles permitido participar en la vida política de las democracias occidentales, o habrían intentado tomar el poder en un determinado momento elegido por ellos, como habían hecho en Checoslovaquia?

Tales temores pueden parecer exagerados, y tales preguntas, ingenuas, cuarenta años después, pero en 1945 los Estados Unidos tenían muy poca experiencia de la política mundial. Los soviéticos habían sido los *malos* cuando predicaban la revolución mundial en el periodo de entreguerras, y habían sido los *buenos* cuando habían llevado a cabo la principal contribución en vidas y esfuerzo para derrotar a la Alemania nazi. La mayoría de los estadounidenses, sin exceptuar a los diplomáticos profesionales, no sabía nada de la historia de Rusia ni de la situación y el pensamiento político en la Unión Soviética. Pero en junio de 1947, uno de los pocos diplomáticos y estudiosos estadounidenses que conocía la lengua y la historia rusas publicó un artículo que contenía los principales razonamientos que iban a caracterizar desde entonces a la política estadounidense, desde ese momento hasta las



El presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman, visto en su despacho oficial de la Casa Blanca

reuniones en la cumbre entre Gorbachov y Reagan, que pusieron fin a la Guerra Fría.

El anónimo *Mr. X*, identificado luego como George Kennan, pensaba que, por un lado, los soviéticos creían, como marxistas *científicos*, que la historia estaba de su lado, que inevitablemente el capitalismo mundial daría lugar al comunismo mundial. Pero, por otro lado, tenían un saludable respeto por el poderío estadounidense, y no deseaban correr riesgos que pudiesen desencadenar la tercera guerra mundial. Dejando a un lado las ambiciones teóricas, la URSS siempre había evitado provocar una guerra real contra sus contrarios capitalistas. Su fe en la inevitabilidad de la revolución significaba que no tenían que darse prisa. En todo caso Stalin siempre se había mostrado más cauto y más racional que Hitler y Mussolini. Kennan recomendaba por ello que se adoptase una política de *contención*, que Occidente debería estar preparado para emplear la fuerza militar o económica donde fuese necesario para prevenir una ulterior expansión del Imperio soviético, y que bajo tales circunstancias la URSS no sería agresiva. A la larga, decía, la URSS, ante los hechos, dejaría a un lado su fe mesiánica, y podría acabar disolviéndose sin más; reflexión que ha resultado ser una extraordinaria anticipación de lo que realmente ocurrió en 1991.

Debido a la teoría completamente errónea sobre la inevitabilidad de la revolución comunista, la política internacional de los años 1947-1987 estuvo dominada por la Guerra Fría

Un nuevo orden mundial

Pero todavía no hemos acabado de contar historias de horror. En todos los países del Este de Europa, pero de manera más dramática en Hungría y Checoslovaquia, la instauración plena de los regímenes comunistas fue seguida de purgas en el seno de los gobiernos comunistas. En septiembre de 1949 Laszlo Rajk, viejo comunista, veterano de las Brigadas Internacionales, ex ministro del Interior, principal hostigador del gobierno Nagy, y perseguidor legal del cardenal Mindszenty, fue procesado por traición y ahorcado. Como los acusados de los procesos de Moscú de 1936-1938, confesó crímenes increíbles contra el glorioso liderazgo de Stalin. Su principal delito real fue el hecho de que no había vivido en Moscú durante la Segunda Guerra Mundial y no formaba parte, por ello, de la facción estalinista del Partido.

En noviembre de 1951, en Checoslovaquia, Rudolf Slansky, ex secretario general del Partido Comunista, fue juzgado y ejecutado por alta traición. Se trataba de un judío laico que siempre había sido enemigo del sionismo, pero ahora *confesó* su crimen sionista: la confesión no reflejaba sino el creciente antisemitismo de Stalin en sus últimos años.

La primera impresión que se recibía del ya anciano dictador soviético por la enormidad de tales purgas era simplemente de locura, y de temor y *misterio* por su evidente habilidad para obtener tan increíbles confesiones no sólo de sus adversarios burgueses o curas, sino de veteranos y duros revolucionarios comunistas.

Pero, desde el punto de vista del desarrollo de la Guerra Fría, más importante es la sensación de irreversibilidad. Si, en nombre de la *democracia popular*, y ante la impotente mirada de los diplomáticos y periodistas occidentales, los secuaces de Stalin podían primero apartar a todos los representantes de la izquierda no comunista, luego purgar a todos los comunistas considerados no totalmente leales a Stalin, luego nacionalizar toda la economía y eliminar a todas las personas con experiencia como empresarios o comerciantes capitalistas, ¿cómo podía ser reversible una revolución así?

En Occidente, muchos estudiosos y comentaristas comprometidos con la democracia y con el pluralismo que debería ser parte de cualquier democracia significativa, comenzaron a creer que las dictaduras de la Europa del Este eran peores que las numerosas y terribles dictaduras militares que eran una plaga en Latinoamérica, Africa, Indonesia, etcétera. Y el argumento era que las dictaduras fascistas o militares de derechas, al menos, eran reversibles. Tales dictadores explotaban brutalmente a sus pue-

blos y torturaban y asesinaban a sus adversarios políticos. Pero no destruían deliberadamente a toda una clase de personas que poseían la capacidad de organizar y administrar una economía de mercado; y carecían de la voluntad de Stalin, y del poder de una policía organizada, para acabar con todas las manifestaciones de opinión que no fuesen las del marxismo-leninismo tal como la predicaba el *Amo*. Aquellos que critican duramente a Estados Unidos por su apoyo a dictaduras de derechas (como ocurrió con la de Franco) deberían intentar comprender lo que significaba tratar con un enemigo político cuyas victorias eran claramente irreversibles.

Una última contribución a la Guerra Fría, más difícil de valorar que los aspectos diplomático o político, la hizo lo que el presidente republicano conservador Dwight Eisenhower llamó el *complejo industrial-militar*. La producción, pruebas y almacenamiento seguro de bombas nucleares y misiles es algo muy caro. Las armas químicas y biológicas son más baratas, pero igualmente caras en términos de investigación científica, pruebas y almacenamiento. La capacidad para llevar a cabo una guerra nuclear, que ya poseían la URSS y Occidente en 1949, condujo a una costosa carrera de armamento que reflejó las tensiones de la Guerra Fría y aumentó los temores mutuos de los soviéticos y de los occidentales. En los Estados Unidos, el físico Edward Teller, nacido en Hungría, fue tan sólo el más importante de los científicos que alentaban a Estados Unidos constantemente para que fabricase y probase nuevas armas. Sin duda había también en la URSS muchos físicos que alentaban a su gobierno a hacer otro tanto. Las grandes inversiones públicas y privadas que exigía la producción de tales armas, cuyo uso único y exclusivo era la muerte masiva a una escala desconocida hasta la fecha, crearon un conjunto poderosísimo de *poderes fácticos*, tanto en Estados Unidos como en la URSS, interesados en el mantenimiento de las tensiones de la Guerra Fría que, por sí sola, podía justificar los costes de la carrera de armamentos.

Finalmente, para concluir este ensayo sobre los orígenes de la Guerra Fría creo que merece la pena destacar lo perjudiciales, y erróneas, que fueron las bases ideológicas de esa guerra. Muchos historiadores, desde los más variados puntos de vista políticos, han apuntado que en términos geográfico-estratégicos, no ha habido casi razones para la hostilidad existente en las relaciones entre soviéticos y estadounidenses. Ambos países disponían de enormes cantidades de materias primas y de grandes mercados internos. No tenían fronteras comunes ni minorías insatisfechas de ciudadanos del otro país. En las dos guerras mundiales de este siglo compartieron el objetivo común de impedir que los alemanes conquistasen el continente europeo. Pero debido a una teoría completamente errónea sobre la inevitabilidad de la revolución comunista, contenida en la versión soviética del marxismo, y debido a un temor igualmente irracional sobre la expansión del comunismo en los países económicamente avanzados de Occidente, la política internacional de los años 1947-1987 estuvo dominada por la Guerra Fría.

(Traducción: C. A. Caranci)

B I B L I O G R A F I A

Aron, R., *The Century of Total War.* Boston, The Beacon Press, 1954.

Black, C. E. (y otros), *Rebirth, a History of Europe since World War II,* Oxford, Westview Press, Boulder (Colorado), 1992.

Brown, J. F., *Eastern Europe and Communist Rule.* London, Duke Univ. Press, 1988.

Fejto, F., *Historia de las democracias populares.* Barcelona, Martínez Roca, 1971.

Fontaine, A., *Historia de la guerra fría.* Barcelona, Caralt, 1970.

Fonvieille-Alquier, P., *El gran miedo de la postguerra.* Barcelona, Dopesa, 1974.

Garraty, J. A. y Gay, P., *La Edad Contemporánea.* Barcelona, Bruguera, 1981. H.ª del Mundo, vol. 6.

Kriegel, A., *Los grandes procesos en los sistemas comunistas.* Madrid, Alianza, 1973.

Laqueur, W., *Europa después de Hitler.* Barcelona, Grijalbo, 1974.

Laqueur, W., *Europe in Our Time.* Harmondsworth, Penguin, 1992.

Renouvin, P., *Historia de las relaciones internacionales.* Madrid, Akal, 1982.

Salom, J., *La guerra fría.* Barcelona, 1975.

Toynbee, A. J., *El reajuste de Europa.* Barcelona, Vergara, 1969.

Turner, H. A., *Germany from Partition to Reunification.* London, Yale Univ. Press, 1992.

CUIDA el Ozono

